

12-1-2010

# Mágico Encuentro

Roberto E. Bahruth  
*Boise State University*

---

M  
á  
g  
i  
c  
a



Q  
u  
e  
s  
e  
n  
t  
e  
n  
c  
i  
a

Cuando aprendemos a caminar detenidamente, sin apuro, la vida nos revela algunos de sus secretos, esos que siempre han estado frente a nosotros y que en nuestra prisa, no vemos o no queremos ver.

En mi más reciente visita a Guatemala fui dispuesto a no detener los días en mis manos, sino dejarlos fluir mientras me dejaba envolver por el ritmo y luz de este país y su gente . Y fue así, como por primera vez, me entregué a esa canción, tan familiar, del viento jugando con los árboles. Muy pronto descubrí cómo un sin fin de colibrís llegaban a mis ojos, cómo el perfume de mil flores me llenaban los pulmones. Me dejé envolver por el murmullo de los riachuelos mientras acompañaba a las nubes a acariciar la cima de los volcanes. Y el tiempo se detuvo y me regaló mil rostros, mil historias y una lágrima.

Una tarde, mientras volvía a casa, una mujer indígena que caminaba frente a mí, llamó mi atención. No sé si fue su tamaño lo que detuvo mis ojos en ella o si fue la idea

de que esta mujer pudiera ser una niña cargando una canasta pesada sobre su pequeña cabeza. Como tantas otras mujeres indígenas, iba descalza y vestía ropa típica. Sus pasos eran cortos y lentos. Cuando me acerqué a ella no sólo pude ver que sus trenzas eran totalmente canosas sino que descubrí un par de brazos marcados por el tiempo y el cansancio.

Al pasar a su lado y como dictan las buenas costumbres, la saludé con el típico, “buenas tardes,” como queriendo botar las paredes que nos separaban y humanizar nuestro furtivo encuentro. Al levantar su mirada descubrí un rostro marcado con surcos llenos de historia y una lágrima hecha cristal al reflejar los últimos rayos de sol de la tarde.

En Guatemala, las personas usualmente al “buenas tardes,” responden con la misma frase. Pero para mi sorpresa, la mujer me respondió, “no tan buenas don.” Preocupado le pregunté por qué. Entre sollozos dijo, “vivo muy lejos, salí de mi casa en la madrugada para agarrar un buen lugar en el mercado y vender mis duraznos. No tuve suerte don, no vendí ni uno. No he comido nada y estoy cansanda.” Sin pensarlo saqué el dinero que llevaba en mi bolsillo, Q15.00 era todo lo que tenía. Se los entregué y le dije, “espero que esto le ayude en algo,” y sin esperar respuesta continué con mi camino, mientras me desvanecía en el atardecer.

Al volver sobre mis pasos pienso que me hubiera gustado haberme detenido unos minutos para platicar con ella, haberla ayudado a bajar su canasta para que descansara un momento, haberle pedido un abrazo y haberle dicho que la quería. Quizá la vida me regale otra oportunidad como ésta, quizá no, pero en este momento lo que me hace sonreír es pensar que ella pudo haber sentido mi amor mientras cruzábamos nuestras miradas. Pero más importante aún, lo que me consuela es saber que no sólo fui testigo de su historia sino que dejé que esa lágrima me hiciera partícipe de su dolor.

San Lucas Sacatepéquez, Guatemala. 2000

Roberto Bahruth, Ph.D.  
rbahrut@boisestate.edu  
wonrenmi.com